

Una mirada prismática de la cultura venezolana: el Diario (1974-1983), de Ángel Rama

Gregory Zambrano
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela

Resumen

Tomando la idea de los *Diarios íntimos* de Rufino Blanco Fombona, autor por el cual se interesó particularmente, Ángel Rama acudió al muy poco usado recurso en América Latina de escribir un *Diario (1974-1983)*, el cual le sirvió como espacio para la honda reflexión y el profundo autocuestionamiento. Esta obra, que invita a conocer al Rama íntimo, preocupado e hipercrítico, también debe servir como una herramienta pedagógica que nos ayude a comprender nuestro pasado inmediato. Pues si bien la crítica a la sociedad venezolana, y particularmente caraqueña, alcanza límites provocadores, cuando menos, también es necesario valorar justamente el empuje intelectual de un hombre que entre sus logros incluye la fundación de la Biblioteca Ayacucho, este artículo pretende esa valoración.

Palabras clave: Reflexión, autocuestionamiento, crítica, autonomía, Venezuela.

Abstract

Inspired by the idea of the *Diarios íntimos*, written by Rufino Blanco Fombona – a writer in whom he was particularly interested – Angel Rama turned to journal writing, (*Diario*; 1974-1983), a rarely used literary form in Latin America, as a means of deep reflection and self-questioning. This literary work, which presents an intimate, concerned, and highly critical Rama, must be considered as a pedagogical tool that assists in the understanding of our recent past. Although the criticism of Venezuelan society, and especially that of the capital, reaches provocative levels to say the least, it is also necessary to honestly assess the intellectual drive of a man that, among other achievements, founded the Biblioteca Ayacucho. This article attempts to illustrate that assessment.

Key words: Reflection; self-questioning; critic, autonomy; Venezuela.

No es muy dada en nuestro contexto latinoamericano la escritura de diarios y autobiografías, a diferencia de otras tradiciones culturales, como la inglesa, la francesa e, incluso, la española. El diario, en tanto estrategia de comunicación funciona como un espacio reflexivo y no solamente como se comprendió en el siglo XIX, como un pretexto para la confesión. Por el contrario, establece una estructura de inflexión, de autocuestionamiento, un espacio para el juicio propio del pensar, y un hacer que busca interrogar el yo, y con esto, la memoria. Por ello es versátil, atractivo, y al mismo tiempo riesgoso, pues crea mecanismos de cuestionamientos del presente. El diario devuelve mucho de la vida evocadora de quien narra; en él se pone de manifiesto una significación que recupera como relato el recuento de lo vivido, pero también de lo soñado y lo imaginado. En él es necesario reconocer un estilo que como conciencia del lenguaje pone de manifiesto el hecho de que se le pueda leer no sólo con sentido estético sino también didáctico.

En el caso de Ángel Rama,¹ estamos en presencia de dos grandes pilares que sirven como torres desde las cuales se avista una singular historia de vida: creatividad e imaginación, que son también las claves que nutren su ejercicio crítico. Las diversas formas como Rama asumió su compromiso con la palabra, establecen un reordenamiento, no sólo del mapa cultural y literario de nuestro continente sino también del orden político, al otorgarle al ejercicio crítico un desafío personal que a la larga terminó involucrando un hacer colectivo. Esto es, repensar la América Latina a través de sus productos discursivos, atados de manera dialéctica con los hilos de la historia. En este sentido, lejos de dejar a sus lectores indiferentes, los insufla de nuevos desafíos, renovados retos que bien podrían situarse en el plano teleológico como un ejercicio de provocación.

A Rama se le ha concedido la función de un cartógrafo que dibuja los linderos diacrónicos de la literatura del continente donde

convergen nociones claves, tales como proceso y sistema. A ello se le ha otorgado un sentido histórico que repasa geografías, escritores, obras particulares. Trasciende lo anecdótico en la conciencia de que es necesario ir al interior de los fenómenos del lenguaje para dar cuenta de su dinámica, de sus tensiones y problemas. Al mismo tiempo, propone romper las fronteras espaciales y mentales para poner en contacto tradiciones, lenguajes, estéticas diversas, todas las que entran a conformar un enclave denso, estratificado en tiempos y sensibilidades, como es en rigor la historia cultural y de manera muy particular, la de nuestro continente.

La publicación venezolana del *Diario* de Ángel Rama [*Diario (1974-1983)*, Caracas, La Nave va, 2001], ofrece principalmente a los lectores nacionales la posibilidad de encontrarse frente a frente con la palabra de un creador polémico, obstinado, lúcido y generoso. Ese creador que llevó a un grado de alturas conceptuales las manifestaciones literarias de América Latina, otorgándole al riesgo crítico la reciedumbre de un arte mayor. En este libro autorreflexivo, austero, de tono amable aunque a veces amargo como suele ser el diálogo interior, podemos acercarnos más al hombre que supo poner en palabras de retadora actualidad el pasado cultural de Latinoamérica, contraviniendo los modelos estáticos del positivismo tan refractarios a ciertas sensibilidades críticas y problematizar sus nuevas nociones, creadas, refundidas, actualizadas en los alcances instrumentales de su presente para fijar un nuevo hito en la reflexión que —como subrayé antes— es un reto y, más aún, una tarea pendiente. El mismo Rama lo entendía de esta manera:

Ocurre que si la crítica no constituye las obras, sí constituye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta.²

Al margen de los estudios sobre autores particulares, el pensamiento crítico de Rama gira en torno de tres ejes fundamentales: sociedad, historia y cultura. En cada uno de ellos cifró su atención y forjó los puentes que habrían de dar, con un sentido de actualización, un modelo nuevo, comprensivo, de lectura.

Venezuela, la mirada

En Venezuela, donde tampoco es muy frecuente la escritura de diarios íntimos o memorias, aunque las pocas existentes son clásicos del género, como por ejemplo *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra,³ más bien prevalecen los diarios apócrifos, como el recientemente editado *Diario íntimo de Francisca Malabar*, de Milagros Mata Gil.⁴

El diario de Ángel Rama tiene un punto de partida, como bien lo ha recordado su autor, en un modelo que le pareció audaz y atractivo; se trata de los *diarios íntimos* de Rufino Banco Fombona,⁵ otro personaje no menos influyente, a quien Rama leyó, anotó, aclaró, en fin, asumió como un ícono de mediación desde el cual pudo comprobar lo arriesgado del oficio de vivir.

Sin dejar de lado otros trabajos importantes de Rama sobre la cultura y la literatura venezolanas, y también sobre autores fundamentales de nuestro proceso histórico, las incursiones de mayor envergadura en la obra de Rama sobre nuestros autores, son el ya mencionado, dedicado a Rufino Banco Fombona, a José Antonio Ramos Sucre⁶ y a Salvador Garmendia.⁷

Quizás muchos de los juicios, opiniones y balances de Rama sobre la cultura nacional son duros, algunos los considerarán injustos o exagerados. Habría que ir hacia el pasado no tan remoto para comprender las razones. Viniendo de un sujeto a quien sorprende un golpe de Estado fuera de su patria, y que por razones no deseadas

debe asumirse y refundarse en suelo ajeno, máxime cuando ese país está contorsionando en los vaivenes del desencuentro, de la postergación, en plena boga de la renta petrolera, del dispendio, y el inmediatismo, un país, como diría Rama, preocupado por “la acumulación de bienes, la asepsia del enlatado” (p. 47). En ese contexto, y sin que mediara para ello el aparente distanciamiento hacia lo “sureño” con lo cual a veces se le ha escarnecido, Rama visualizó en el medio intelectual venezolano de los años setenta muchos aspectos que la falta de autocrítica no permitía observar; un medio, sobre todo el caraqueño, al que consideraba “provinciano, de poses y de falta de proyección” (p. 36).

Su trabajo arduo, que oscila entre las clases de la Universidad Central de Venezuela (seminario de simbólica, marxismo y literatura), reseña los pasos que siguen a lo que fue su más notable herencia: el proyecto y la creación de la Biblioteca Ayacucho. Quizás en la postura crítica ante la realidad cultural venezolana y especialmente ante la actitud poco preocupada —y nótese que no digo comprometida— de algunos intelectuales venezolanos, se hallan los asomos de un balance sostenidamente decepcionado, lo cual se refleja en el *Diario* como un estado de ánimo interior que apenas se sosiega extrapolando la afectividad nocturnal de Caracas (p. 44). Veamos un párrafo confesional:

Percibo cuánto me falta aquí en Venezuela esa soltura del intercambio intelectual (que supone el mutuo conocimiento de un código, una gramática, un sistema mental) y cuánto me he comprimido para adecuarme a la insuficiencia que colegas y estudiantes proponen día a día. Como estoy acostumbrado a una cierta autoflagelación, es con sorpresa que descubro lo comprimido que vivo (p. 57).

Pero su sentido a veces hipercrítico, también se transforma en una especie de artificio humorístico, tal vez como escape ante la

impotencia, ante la actitud desparpajada de unos, o la medianía de otros. Critica, cuestiona, se duele, tiene un sentido exigente del trabajo, por ello no dejan de resultar polémicos algunos de sus juicios de valor, como por ejemplo, los que emite frente a la obra de sus coterráneos, Rubén Yacovsky y Alfredo Dante Gravina, cuyas obras le producen un “estado de diversión, que sucede a la perplejidad y a la censura crítica que son los estadios primeros de la conciencia” (p. 45).

En su afán por pensarse en medio del colectivo, no deja espacio para la indiferencia. Al contrario, se implica, duda, dubita, se escinde, así llega a confesar:

Entre el yo y el super-ego puestos en pugna, creo haber seguido a éste y no al primero; ¿excesiva fe o respeto de las coordenadas sociales que rigen los valores? ¿O por lo mismo, desconfianza, temor, o desconfianza de lo que el primero pedía? Por el «super ego» he ido a la defensa de lo social, y cuando ella pareció demasiado reseca para la vida interior, he pretendido volverme a ésta, recuperar mi yo, vivo, confusamente, entre una niebla. No sé si en este deambular insatisfecho y nervioso, no he perdido a ambos y me he perdido (p. 48).

Rama elabora un entreverado que cruza de manera dinámica las reflexiones más íntimas y el anecdotario, la vida cotidiana y una objetivación del entorno, siempre con sentido cercano, consciente y dominante de ese presente que cada día le ofrecía mayores retos y hasta impensados sacrificios. Por ello no podemos dejar de reparar en el desamparo ante la urgencia de la palabra “inseguridad”, repetida ocho veces en ocho planos distintos, para concluir, en una frase: “angustia vital”, que define la falta de certeza laboral, la carencia de un pasaporte que lo haga reconocerse en la ciudadanía, y sobre todo, sobrellevar un ambiente intelectual que es percibido de muchas

maneras (superficial, xenófobo, inmediatista, frívolo). Todo parece confluir en una percepción hostil del medio, de los actores, donde privan las circunstancias del exilio, la incertidumbre, el vacío, pero también la inquietud proactiva, el esfuerzo por consolidar proyectos, escribir, enseñar; su amor por Marta Traba y la irreductible pasión por el saber.

Sus interpretaciones van de lo crítico a lo hipercrítico, y anota rasgos que bien podrían interesar a los antropólogos o sociólogos, tal como ocurre con su comentario sobre ese estilo “suave, educado, atento y a la vez llano y circunspecto, que caracteriza a los colombianos cultos [...] Es un estilo andino porque muy semejante se lo reencuentra en los venezolanos merideños” (p. 49).

El hombre que se mira a sí mismo, que padece su cuerpo, que lo sufre. Ese cuerpo que lo llama a la tierra, “el cuerpo el que se ha endurecido, o más bien, ‘acorchado’ y es fofo, sin vida, sin pasión, sólo ama la comida y la bebida y luego sufre de ellas, ahíto, jadeante, pero está paralizado su vivir, su goce, su alegría” (p. 53).

En el caso de Rama, siempre polémico, y más allá de las controversias suscitadas por su mirada a veces microscópica y por ello extremadamente sensible de la vida cultural venezolana, están sus obras que como diría Michel Foucault, han convertido los documentos en monumentos.⁸

Está su aporte fundacional, la Biblioteca Ayacucho, que dicho sea de paso, en la labor de sus continuadores, se supo ofrecer un merecido homenaje a su creador, dedicando el tomo 119 a *La crítica de la cultura en América Latina*.⁹ Está el que lleva el título genérico de *Ensayos sobre literatura venezolana*.¹⁰ En el camino van sus ensayos emblemáticos sobre Ramos Sucre, en un volumen editado por la Universidad de Oriente y el estudio sobre *Salvador Garmendia y la narrativa informalista*, que echó a volar la Universidad Central de

Venezuela. Antes había viabilizado la publicación en Montevideo de *Aquí Venezuela cuenta*.¹¹ Están muchos otros trabajos diseminados en revistas académicas, como *Escritura*, que él fundó, y distintos suplementos literarios. Pero sobre todo, y eso es inocultable, está su invitación a los nuevos lectores, que hallarán en Rama las claves para novedosas lecturas de la historia de las ideas y de la cultura del continente, de sus procesos, de muchos de sus escritores. En su pensamiento se hallan las respuestas a diversos enigmas de la cultura, pero sobre todo, es un amplio espacio desde el cual, se formulan y se seguirán formulando nuevos interrogantes.

Queda por supuesto una invitación a pensar el país y su cultura sin provincianismo pero también sin providencialismo. Rama nos enseña a pensar, a dudar, a definir, a explicar; a buscar las familias latinoamericanas de nuestros escritores, y más allá, a encontrar nuevos parentescos, a matizar o abolir la solapada y cómoda propensión a afirmar genialidades sin mirar genealogías, nos enseñó a pensar América Latina desde ella misma, desde sus contradicciones y representaciones, dejando de lado ese terrible complejo de inferioridad que no nos permite vernos a los ojos si no es solamente con los catalejos prestados de las posturas eurocéntricas, o de otras latitudes muchas veces de manera acrítica, asimilación que concuerda con lo que Edgardo Lander ha llamado, la colonialidad del saber.

Rama fijó en el siglo XX la impronta heredada de otros pensadores luminosos como José Martí en el XIX, para quien lo más importante no era vivir de prestado, sino injertar el mundo en nuestras repúblicas pero sin olvidar que el tronco debía ser el de nuestras Repúblicas. Nos enseñó muchas otras cosas, en fin, a ser y pensar en la lengua que nos inscribe como hispanohablantes, herederos de una cultura autóctona digna y siempre abierta, nueva por ello, y en mucho, todavía a pesar del tiempo y las valoraciones, inédita y sensualmente provocadora.

Notas

- ¹ Ángel Rama, *Diario (1974-1983)*. 2001. Caracas: Ediciones Trilce-Fondo Editorial La nave va [Pról., edición y notas de Rosario Peyrou].
- ² Ángel Rama. 1982. "Prólogo" a *La novela latinoamericana (Panoramas 1920-1980)*. Bogotá: Colcultura.
- ³ José Rafael Pocaterra. 1967. *Memorias de un venezolano de la decadencia. Obras selectas*. Madrid: Edime.
- ⁴ Milagros Mata Gil. 2003. *Diario íntimo de Francisca Malabar*. Caracas: Monte Ávila.
- ⁵ Rufino Blanco Fombona. 1991. *Diarios de mi vida*. Caracas: Monte Ávila [Sel. y prol. Ángel Rama].
- ⁶ Ángel Rama. 1978. *El universo simbólico de José Antonio Ramos Sucre*. Cumaná: Universidad de Oriente.
- ⁷ Ángel Rama. 1975. *Salvador Garmendia y la narrativa informalista*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- ⁸ "En nuestros días, la historia es lo que transforma *documentos* en *monumentos*, y que, allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos". Michel Foucault, 1995. *La arqueología del saber*, 11. México: Siglo XXI.
- ⁹ Ángel Rama. 1985. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- ¹⁰ Ángel Rama. 1990. *Ensayos sobre Literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- ¹¹ Edmundo Aray (Selec.). *Aquí Venezuela cuenta*. 1968. Montevideo: Arca [Pról. de Ángel Rama].

Referencias

- ARAY, Edmundo (Selec.). (1968). *Aquí Venezuela cuenta*. Montevideo: Arca [Pról. de Ángel Rama].
- BLANCO FOMBONA, Rufino. (1991). *Diarios de mi vida*. Caracas: Monte Ávila [Sel. y prol. Ángel Rama].
- FOUCAULT, Michel. (1995). *La arqueología del saber*. México: Siglo XX
- MATA GIL, Milagros. (2003). *Diario íntimo de Francisca Malabar*. Caracas: Monte Ávila.

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. N° 14, enero-diciembre 2004. Zambrano, Gregory. *Una mirada prismática de la cultura venezolana: el Diario (1974-1983), de Ángel Rama*, pp 89-38.

POCATERRA, José Rafael. (1967). *Memorias de un venezolano de la decadencia. Obras selectas*. Madrid: Edime.

RAMA, Ángel. (1985). *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

_____. (1975). *Salvador Garmendia y la narrativa informalista*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

_____. (1978). *El universo simbólico de José Antonio Ramos Sucre*. Cumaná: Universidad de Oriente.

_____. (1982). *La novela latinoamericana (Panoramas 1920-1980)*. Bogotá: Colcultura.

_____. (1990). *Ensayos sobre Literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.

_____. (2001). *Diario (1974-1983)*. Caracas: Ediciones Trilce-Fondo Editorial La nave va. [Pról., edición y notas de Rosario Peyrou].